

Creciente Narcotráfico

Soluciones Imperfectas

POR LORENZO MEYER

EL narcotráfico se ha convertido en un problema central de la relación entre México y Estados Unidos. Su importancia se aprecia, entre otras muchas cosas, porque ha conseguido forzar ya su ingreso a la agenda de la relación bilateral, a los temarios de los aspirantes presidenciales norteamericanos y, por esa vía, ha llegado también al discurso de nuestros candidatos. Aunque se deseara, ya no es posible en México contentarse con echarle la culpa del mal al imperialismo o los drogadictos norteamericanos, pues eso nos puede hacer sentir bien, pero no nos quitará la presión de encima. Debemos buscar soluciones mejores que las dadas hasta ahora, aunque seguramente también van a ser imperfectas.

★

TOMEMOS como punto de partida los datos. Se supone que 13 millones de norteamericanos fuman marihuana por lo menos una vez al mes, cinco millones consumen cocaína y medio millón heroína, con la misma frecuencia, pero claro, las cifras reales pueden ser otras. En cualquier caso, los consumidores de la sociedad más rica de la tierra están dispuestos a gastar en las drogas una cantidad, se supone, superior a los cien mil millones de dólares anuales. Otro hecho es que México cultiva una buena parte de la marihuana que se fuma en Estados Unidos —aunque quizá sean los propios norteamerica-

nos quienes producen el grueso de la que consumen—, produce también heroína y es lugar de paso de una buena parte de la cocaína que entra a EU procedente de América del Sur.

Un tercer factor —y este sí puede conocerse perfectamente— lo constituye el hecho de que la lucha contra el narcotráfico se ha convertido en un tema central de la

discusión política interna norteamericana, pues al consumo de drogas se le considera como un fenómeno de autodestrucción, generador de violencia y cuna de un nuevo tipo de crimen organizado. En este año en que se disputa el control de la Presidencia de Estados Unidos, los precandidatos de cada partido —el demócrata y el republicano— encuentran conveniente, e incluso indispensable, mostrarse genuinamente preocupados, ofendidos e indignados, por el fenómeno de la drogadicción, y debido a ello todos, en diferentes grados, están prometiendo luchar más y mejor contra los productores y distribuidores extranjeros de enervantes.

★

CONSTITUYE el cuarto factor del problema el hecho de que el Gobierno Mexicano se vio obligado a iniciar desde los años setenta una campaña permanente de erradicación de los plantíos de marihuana y amavola, así como de intercepción de la cocaína procedente del sur de nuestra frontera; en buena medida, esta campaña fue resultado de la presión del gobierno norteamericano, pues en México el consumo de las drogas perseguidas no es aún un problema social. Tal política obtuvo cierto apoyo material de Estados Unidos —helicópteros, aviones, asesores, etcétera— pero el gasto principal corrió, y corre, por cuenta del erario mexicano. Durante un tiempo, el gasto correspondiente se consideró aceptable, al ser un factor positivo en la relación con Estados Unidos, pero desde el asesinato de un agente antinarcóticos norteamericano en Guadaluajara, hace tres años, ya no es ese el caso.

EL quinto elemento consiste en que, pese a todas las plantas arrancadas, las hectáreas que se rocian con herbicida de los no aceptados en Estados Unidos, los miles de campesinos aprehendidos, los arrestos de narcotraficantes, así como pese

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Creciente Narcotráfico.- Soluciones Imperfectas

Sigue de la página siete

Las bajas tenidas por la Policía y el Ejército, la producción mexicana sigue siendo tanta que, según los cálculos de los expertos, con sólo una fracción del total —menos de un tercio— se puede mantener satisfecha la parte del mercado de las drogas en Estados Unidos que corresponde a nuestra producción. Así pues, para sacar a México del problema con los norteamericanos en este desafortunado asunto, sería preciso tener un éxito de 90% ó 100% en cuanto a erradicación e intercepciones y nadie, ni el más optimista de los

agentes policiacos o expertos en el fenómeno, considera ello posible. Después de todo, ni el gobierno de Estados Unidos ha podido acabar con los magníficos plantíos de marihuana de su país donde actualmente se produce la de mejor calidad, una llamada "sin semilla".

Por último —y como conclusión de todo lo anterior—, lo que realmente nos preocupa y nos afecta a los mexicanos, en plan de sociedad, es que los políticos y las burocracias antinarcóticas norteamericanas han decidido desatar una presión cada vez mayor sobre México, acusándolo de tolerar la

corrupción de su aparato para erradicar drogas. A partir del asesinato de un agente norteamericano en México —"el caso Cámara"—, las agencias antinarcóticas de Estados Unidos y un grupo heterogéneo, pero influyente, de políticos, han puesto al Gobierno Mexicano en su mira y ninguna de las ci-

fras sobre toneladas de marihuana, cocaína y heroína destruidas por nuestro Ejército y la Procuraduría General de la República en sus ya tradicionales y espectaculares cremaciones, parece calmar su furia e indignación moral.

En virtud de los ataques norteamericanos —el

último fue ese intento del Senado para que se declarara a México culpable de no dar a Washington la cooperación adecuada en la campaña antidroga—, es difícil sostener que tiene sentido seguir adelante con la actual política antidroga en nuestro país. Esa política está en crisis. Ahora bien, quizá esta

crisis contenga en su interior algo positivo, pues puede resultar el acicate de un cambio que se debió efectuar hace tiempo.

Un puñado de colegas en el medio académico están elaborando los puntos centrales de lo que ellos llaman "el nuevo enfoque" de la estrategia antinarcóticos. Su propuesta consiste en desecharse la lucha contra las plantas —de cualquier manera, marihuana y amapola parecen crecer más rápido de lo que la policía y el Ejército las pueden tronchar— y concentrarse en atacar a las organizaciones criminales que financian y comercializan las drogas.

★

DESDE el punto de vista mexicano, el nuevo enfoque ofrece varias ventajas. En primer lugar, se presta a un cambio en el manejo de la imagen internacional del Gobierno Mexicano y, en Estados Unidos, el manejo de la imagen puede ser más importante que la realidad misma, pues el caso del propio Presidente Reagan lo comprueba. Pero lo más importante para México: el monto de los recursos que requiere este tipo de lucha puede ser menor que el actualmente destinado a la erradicación, y eso es importante, porque México podría poner a trabajar los dineros sobrantes en tareas mejores que el deshierbado de los montes. Finalmente —y creo que esto es muy importante— sería factible regresar a las Fuerzas Armadas a sus deberes tradicionales, y quitarlas de un contacto cotidiano con un medio tan corruptor como el de las drogas.

Ahora bien, el nuevo enfoque no es la respuesta total al problema —el crimen organizado, que surgió en Estados Unidos con la época de la prohibición, sigue hoy muy activo en ese país, pese a la gran lucha librada en su contra—, pero es más económico. Sin embargo requiere de adecuar nuestro aparato jurídico y policiaco a las condiciones específicas de esta nueva meta, y también de algo aún más difícil, y que para algunos puede parecer simplemente imposible: un aparato policiaco y de justicia impermeable. —o casi— a la corrupción. Ahora bien, con o sin presiones norteamericanas, con o sin lucha contra las drogas, desde hace mucho tiempo la sociedad mexicana necesita y exige una policía y una justicia competentes y, sobre todo, honradas.

Hagamos de una necesidad una virtud, aprovechemos el cambio de sexenio, que alguien ponga en marcha el nuevo enfoque, quien quita y en el proceso se logre una meta verdaderamente loable: modernizar a la policía y dignificar la tarea de la justicia. Si conseguimos eso las críticas norteamericanas ya no nos harían la terrible mella que hoy nos hacen.

A la élite política mexicana —y a la sociedad en su conjunto— no le conviene seguirle dando al Ejército, a la Fuerza Aérea y a la Armada, un papel que en otros países es estrictamente policiaco. En Estados Unidos, el Pentágono ha rechazado sistemáticamente que se involucre al Ejército en la lucha antinarcóticos dentro del territorio norteamericano. Nosotros debemos hacer lo mismo. El papel de las Fuerzas Armadas mexicanas debe seguir siendo uno muy discreto y profesional, para evitar cualquier posibilidad de un retorno a un pasado que ya superamos. Prolongar el involucramiento de nuestro Ejército en una guerra sin prestigio —puesto que no se puede ganar por la vía militar o policiaca— y que ya ni siquiera ayuda a mejorar la relación con Estados Unidos, puede resultar contrario a los intereses mexicanos. Finalmente, está en el interés del Ejército, como corporación, desentenderse de una tarea que lo pone sistemáticamente en contacto violento con grupos campesinos a los que su pobreza les da un justicante para dedicarse al cultivo de productos prohibidos.